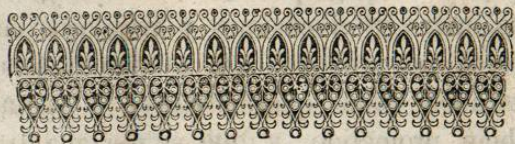


cos dias volvieron los mensajeros, y con ellos algunos indios itzaes. Tratáronlos con mucho amor mientras estuvieron en Tepú, persuadiéndolos siempre á que el gran deseo que tenian de ir á su isla, era para que entendiesen cuánto les importaba á sus almas la conversion á nuestra santa fé católica, de que para lo temporal les habia de resultar otro gran bien, que seria paz perpétua entre ellos y los chinamitas sus mortales enemigos. Porque recibiendo la fé tendrian á los españoles por sus amigos, que los defenderian de cualquiera que les hiciese algun daño en sus tierras y personas, como lo hacian en Yucatan con sus parientes los indios mayas, de quien sabian la paz y seguridad con que cada uno vivia en su casa quieto y sosegado. Que yá habian visto los que vinieron á Mérida cómo los indios tenian en sus pueblos caciques, alcaldes y demas justicias, que los gobernaban, de sus mismos naturales y otras comodidades para aficionarlos, y que ellos las significasen allá á sus paisanos. Oido por los itzaes, decian á los religiosos que fuesen, que allá darian noticia á su cacique Canek de todo lo que les habian dicho, y que ellos irian por delante á darle noticia cómo iban, y así vendrian indios con canoas y todo lo necesario, y con ellos los dos capitanes Ahau Ppuc y Ah Cha Tappol, y otro que se llamaba Cocom, que así lo habia dicho su cacique. Con esto se despidieron, y los religiosos quedáron muy contentos, previniéndose para su segundo viaje y entrada á los itzaes.



CAPITULO TRECE.

Van los religiosos segunda vez á los itzaes, que los reciben bien y los echan ignominiosamente.

Luego que los indios itzaes se despidieron, el cacique de Tepú previno la salida de los religiosos en su seguimiento, y partieron dentro de ocho dias, acompañándolos hasta cuarenta personas. Llevaron esta vez á los religiosos por mejor camino que la primera, porque donde se dijo que para dar vuelta á la laguna los trajeron dos dias perdidos por aquellas serranías, haciéndolos andar mas de doce léguas; ahora con media legua de camino los pusieron de la otra parte de la dicha laguna, llamada Sacpeten, en la de los itzaes, que se dijo llamarse Chaltuna. Es camino tan corto que suelen ellos llevar las canoas tiradas con bejucos de una laguna á otra, y así en esta ocasion manifestaron la verdad, y el camino derecho por donde ellos van, con que en brevés dias dieron vista á la laguna de los itzaes. Estos cumpliendo la palabra que dieron, estaban yá allí con grandes y buenas canoas en que embarcaron á los religiosos y indios que con ellos iban, y llegando á la ribera, salió el Canek con todos sus principales á recibirlos, mostrando mucha alegría. Fuéron hospedados como el año pasado, y ocho ó diez dias que estuvieron allí los indios de Tepú fuéron bien tratados y regalados. Fué esta segunda entrada á principios del mes de octubre de mil y seiscientos y diez y nueve años.

Determinaron los de Tepú volverse á su pueblo dando por causa á los religiosos que era tiempo de recoger sus cosechas de milpas y cacabatales, que idos enviarian otros del pueblo que les hiciesen compañía. La verdadera ocasion era el recelo que tenian de los itzaes que sabian guardaban poca fé y palabra, y así aunque veian el buen trato pre-

sente, ninguno del Tepú quedó con los religiosos. Solos yá, tenían todos los días grandes pláticas con el Canek, con los capitanes y principales, exortándolos á que recibiesen la fé y el santo bautismo, enseñándoles la doctrina cristiana y misterios de ella. Asistian á las pláticas que se les hacian con atencion y sosiego, sin haber quien perturbase la predicacion evangélica, ni el rezo de las oraciones de que daban gracias á Dios los religiosos viendo tan buenos principios, y á los indios tan quietos, al parecer su conversion cercana. Con esta buena disposicion, en nombre del gobernador de estas provincias, capitularon con el Canek que se quedaria con el cacicazgo y gobierno como le tenían, por ser señor natural, y nombrarian alcaldes y demas gobierno como acá le tienen los indios. Que le sucederian en el cacicazgo sus descendientes y que á uno de ellos, el que nombrase, se le daria título de teniente para que le ayudase á gobernar. Que en diez años no pagarian tributo, y despues les señalaria el rey alguna cantidad moderada por haberse dado pacíficamente por sus vasallos y recibido el santo evangelio. Mandó el mismo Canek que se labrase una cruz y se levantase en alto junto á su casa para que allí le adorasen sus indios, conformándose con lo que les habian dejado dicho sus sacerdotes antiguos. Que levantarían la señal de la cruz, y que adorarian al verdadero Dios dejando sus ídolos. Nombró fiscales que asistiesen á los religiosos, para lo necesario á la iglesia y doctrina, y se daba orden para que el gobernador en nombre del rey confirmase la nueva eleccion y lo demas tratado entre los religiosos y itzaes.

Grandes esperanzas eran estas, y aun principios de la conversion de aquellas gentes, porque demas de lo dicho yá los indios comunicaban con mucho amor á los religiosos, y aunque el Canek los sustentaba, muchos indios y indias les traian tortillas de maiz, una be-

bida que usan llamada pozole que se hace de ello, algunos huevos y pescado de la laguna en abundancia. El enemigo del linaje humano, sintiendo que los religiosos le quitaban aquella presa de las manos, y el principado que en aquellas almas tenia, incitó algunos malditos sacerdotes de aquella gentilidad contra los religiosos, y aunque habian atraído á su sentir algunos capitanes y principales, no se atrevian á manifestar su intencion viendo el afecto que el Canek mostraba á la religion cristiana. Como no habia olvidado el demonio cuán poderosa es la persuacion de la mujer para engañar al hombre, y que por medio de ella consiguió la perdicion de todos en nuestro primer padre, se valió ahora de la del Canek para que todo aquello se malograra. Recurrieron á ella los sacerdotes y halláronla fácil á la ejecucion de su dañado intento. Persuadiéronla á que dijese á su marido que echase á los religiosos de la isla, y los enviase á Tepú, porque de no hacerlo se habia de huir con su familia, yéndose con uno de los capitanes llamado Nacon Ppol, porque no querian ser cristianos. Ejecutólo la mujer, y para persuadirle mas le dijo que fuese á otro dia con ella y sus sacerdotes á su huerta y labranza, que estaba en tierra firme y allí ejercitaban sus idolatrías con bailes y embriagueces, y que allí veria y sabria cómo sus dioses no querian que estuviesen los religiosos entre ellos, ni que fuesen cristianos sus indios.

Quando esto pasaba habian yá venido tres indios del pueblo de Tepú á hacer compañía á los religiosos; y viendo un dia al amanecer juntas muchas canoas en la playa, y sabiendo que el Canek salia para su huerta con toda aquella gente, como sabian las idolatrías que en semejantes juntas acostumbraban hacer, no les pareció bien. Dijeron á los religiosos el mal fin que recelaban de aquella salida, en que fué lo mas del pueblo, sino algunas mujeres que se quedaron

en las casas. Todo aquel dia estuvieron los indios en la huerta del Canek, y los religiosos encomendándose á Dios y haciendo oracion por aquellas almas redimidas con la sangre preciosísima de Jesucristo Redentor nuestro, pidiendo no resultase su perdicion por fin de aquella junta. Lo que en la huerta del Canek hicieron, no supieron los religiosos: lo que vieron á la noche fué que volviendo á sus casas, ninguno los vino á visitar como solian, ni el Canek les envió á decir cosa alguna, con que presumieron la mala determinacion con que venian, aunque aquella noche estuvieron sosegados. Al siguiente dia por la mañana vinieron muchos indios armados á la casa de los religiosos, y sin hablarles palabra comenzaron á sacar toda la ropa y ornamentos, y llevarlo á embarcar. Luego les dijeron que se embarcasen con su ropa, y llevasen consigo los indios de Tepú que con ellos estaban, y se volyiesen allá, porque ni querian ser cristianos, ni que estuviesen mas en su compañía. No estaba presente el Canek, y los religiosos quisieron verle para decirle cómo los echaban así de su tierra, sin haber dado causa para ello. Los indios no les dieron lugar, arrebatándolos con violencia para llevarlos á embarcar. El padre Fr. Juan de Orbita hizo alguna resistencia para que no le llevasen con tanta prisa, entendiendo con razones sosegarlos; pero llegó un indio gandul, que asiéndole de la capilla se la torció al cuello con tanta violencia, que le trajo al suelo, dejándole perdidos los sentidos, y él sacó en la mano la capilla hecha pedazos y la arrojó. Al padre Fuensalida, dice en la relacion, que aunque maltrataron, no fué tanto, y que todo lo veia y consentia el Canek, sin decir cosa alguna á los indios.

Embarcaron al padre Orbita privado de todos los sentidos, luego al padre Fuensalida, y despues á los tres indios de Tepú en una mala canoa, sin darles cosa alguna que comiesen, habiendo de pasar tanto despoblado

hasta llegar á Tepú; sin duda pareciéndoles que echados de aquella suerte perecerian en el camino con la hambre. Previnieron esto los indios recien llegados de Tepú, porque recogieron las tortillas y bebida de pozole que habian llevado, viendo la resolucion con que los itzaes echaban á los religiosos. Salieron á la laguna en su mala canoa, y yendo navegando recobró sus sentidos el padre Orbita, y cuando se vió que estaba sin capilla se maravilló mucho, y quedó tan triste como si hubiera cometido una grave culpa; pero diciéndole lo sucedido, se alegró mucho de haberlo pasado por amor de Dios, y remendó su capilla para ponérsela. Fué la Divina Majestad servida que se halló bueno sin señal alguna en la garganta, ni lesion en parte de su cuerpo, habiendo recibido gravísimos golpes. Prosiguieron su camino sustentándose con aquella poca vianda que los indios sacaron, con el trabajo que se puede entender hasta llegar á Tepú. Allí los recibieron los indios con amor, y descansaron unos dias.

Gran desconsuelo les causó ver el poco fruto de sus trabajos, y la obstinacion de aquellos indios en su idolatría, y quedaron pesarosos de haber salido con vida de aquella espiritual empresa, en la cual desearon perder la temporal para hallar la eterna con la corona del martirio. Esta la concede la Divina Majestad á quien es servido y cuando es su voluntad, como tambien la conversion de los infieles á su santa fé, en el tiempo que su infinita sabiduría tiene previsto. No parecia el presente oportuno para proseguir, y no siendo su asistencia en Tepú para otro fin, aunque los indios le mostraban voluntad, determinaron volverse á la provincia. Dióles á entender el cacique y principales que sentian los indios se viniesen; pero dice el padre Fuensalida que presume se holgaban (aunque el cacique era buen cristiano) por quedarse solos á vivir á su gusto. No es esta presuncion sin fundamento,

pues pasados diez y seis años todos ellos apostataron y se huyeron, como se dice adelante. Finalmente, los religiosos se vinieron á la villa de Salamanca, y de allí bajaron á la ciudad de Mérida donde supieron estaba su prelado. Llegados que fuéron, los recibió como padre benigno á hijos que venían de tan santa ocupacion, agradeciéndoles los trabajos que habian pasado en ella por amor de Dios y por la obediencia.

CAPITULO CATORCE.

De dónde son originarios los indios itzaes, y algunas cosas suyas y de otras naciones vecinas.

Estos indios itzaes son de nacimiento yucatecos, y originarios de esta tierra de Yucatan, y así hablan la misma lengua maya que ellos. Dicese que salieron del territorio y jurisdiccion que hoy es de la villa de Valladolid, y del pueblo de Chichen-Ytzá donde hoy permanecen unos de los grandes edificios antiguos que se ven en esta tierra, y tanto admiraron cuando se descubrieron estos reinos, como se dijo en otra parte, y tambien salieron con ellos otros de pueblos comarcanos. Dice el padre Fuensalida que cien años ántes que viniesen los españoles á estos reinos, se huyeron de Chichen-Itzá en la edad que llaman ellos octava, y en su lengua Uaxac Ahau, y poblaron aquellas tierras donde hoy viven. Su fuga á isla y partes tan escondidas fué sabiendo por las profecías que tenían, y quedan referidas en el libro segundo, que habian de venir de las partes del oriente gentes de una nacion que habia de dominar esta tierra. Conservan hoy las profecías (escritas

con sus caracteres antiguos) los que llaman sacerdotes en un libro como historia á que nombran analte. En ella conservan la memoria de cuanto les ha sucedido desde que poblaron aquellas tierras. Dice tambien que se fueron á ellas por la mar, y por aquella parte que sale á su laguna tienen en tierra un rancho á que llaman Zinibacan, que quiere decir donde tendieron las velas, por porque allí las enjugaron habiéndoseles mojado. Tambien se dice que la ocasion de la fuga fué que estando para casarse un gran señor ó reyezuelo de aquel territorio, entre las alegrías y festejos de la boda vino otro reyezuelo que estaba enamorado de la desposada, y dando con gente armada sobre los de la fiesta, que como en ella estaban descuidados, hecho algun daño en ellos robaron la novia. Este era menos poderoso que el primero, y así viendo que despues le habia de hacer guerra, receloso del daño que se le seguiria tenia prevenida la fuga, y así llevando la novia en su compañía con muchos de los suyos se fué á aquellas tierras tan apartadas y ocultas.

Están en altura de diez y nueve grados poco mas ó menos, con poca diferencia de las circunvecinas, y es tierra mas templada de calor que esta. Los indios bien dispuestos, hombres y mujeres, de buenas facciones, no de color muy trigüeño. Corren aquellas tierras por espacio de mas de ciento cincuenta léguas de oriente á poniente, teniendo por la parte del medio la Verapaz y reino de Goatemala, y por la del norte este de Yucatan, por la del oriente el mar, y al sueste la tierra de Honduras, por el occidente la de Chiapas que corre á la Nueva-España. Conservan los mismos apellidos que tenían (y aún usan hoy los de Yucatan): diferéncianse en que se nombran con el de la madre primero, y luego juntamente con el del padre. Así el cacique que se dijo llamarse Canek, es como decir: El que es ó se llama Can de parte de madre, y Ek

de la de su padre. Estos de Yucatan yá solamente usan hijos y hijas del de su padre, como es lo comun entre españoles.

Dice al padre Fuensalida, tratando de la infidelidad de los itzaes, habiendo nombrado muchos ídolos en particular, que por ser casi las mismos que se dijo en el libro cuarto que tenían estos de Yucatan no los singularizo: "Son tantos los ídolos y dioses falsos que tienen, que sería menester para ellos, y para sus bailes, un gran libro mas para tan ruin gente basten estos que hemos dicho; &c." Por singular diré un modo de sacrificio que tienen, semejante al que se hacia al ídolo Moloç, que siendo de bronce ó metal, de hechurá de un hombre, hueco y abierto por la espalda, tendidos los brazos, ponian en ellos la miserable víctima racional que sacrificaban, y dándole fuego quedaba allí abrasada. Para que á nadie pudiese mover á la compasion, que parece connatural, en el ínterin que se abrasaba, los sacerdotes idólatras bailaban haciendo tal ruido con instrumentos y voces, que el miserable sacrificado no podia ser oido aunque se quejase. Este sacrificio prohibió Dios á los de su pueblo por el Levítico, mandándoles con pena de la vida que no sacrificasen á este ídolo hijo alguno suyo, ó hija. Así los itzaes tienen un ídolo á quien llaman Hobó, delante del cual cuando sacrifican algun indio ó india bailan con tal estruendo de tuncules, tortugones, flautas y voces de cantores que para él tienen señalados, que no es posible oírle y para que así lo sientan menos los padres y parientes, los hacen entrar con los demas al baile. Tienenlos persuadidos los sacerdotes que son dichosos y bienaventuradas en que sus hijos sean así sacrificados, y que su Dios quiere y pide aquel sacrificio para que les dé lo que ellos le pidieren, y desde entónçes quedan por gente principal, y sus casas y familias ilustradas.

Tienen los ídolos de las batallas, uno llamado Pakoe, y otro Hoxchuncham. Estos llevan cuando van á pe-

lear con los chinamitas sus fronterizos y mortales enemigos. Cuándo han de dar principio á la batalla les quemán copal, que es como incienso, y cuando hacen alguna faccion valerosa. Suelen darles respuesta sus ídolos cuando los consultan, y en los bailes suelen hablarlos y bailar con ellos, y que esa es la causa de pintarse los indios cuando bailan el baile del sacrificio referido. Dice el padre Fuensalida que se echa de ver es enseñado del demonio, porque cada indio lo parece, y que en aquella figura deben de verle.

Diversas naciones hay en la cordillera que se ha dicho corre de oriente á poniente, porque son los itzaes, de quien se ha tratado, los chinamitas sus mas vecinos, los lacandones, los chakan-itzaes, los cehaches, los mopanes y los de una gran poblacion y ciudad que dicen tiene ocho mil vecinos. Llámase Tulumcá, y dicen hubo en ella algunos españoles y españolas cautivos: de que hubo mujer española entré ellos tuvo noticia mas cierta el padre Fuensalida, pero no de cuándo llegasen allí, ni cómo. Tulumcá significa fortaleza de maguey, porque está toda cercada de magueyales, y que no hay para ella mas de una entrada angosta cerrada y cercada de agua. Allí están fortalecidos, y se defienden de sus contrarios, porque estas gentes siempre traen guerras unos con otros, como sean de diferente nacion, y á veces los de una misma, teniendo diferentes caciques. En especial los itzaes y chinamitas se comen unos á otros cuando se prenden. Los chinamitas son tan crueles y bárbaros que diciendo nuestros religiosos á los itzaes, cuando estaban con ellos, que tambien habian de pasar á predicarles el Santo Evangelio, les decian que no fuesen allá porque era gente feroz, y que sin duda los matarian porque ma-uinicob, les decian, dándoles á entender con esta palabra, que significa no son hombres, que no lo eran sino fieras, y que cuando hubiesen de ir allá los acompañarian porque no los matasen.

Ha habido diferentes sentimientos acerca de la accion del padre Orbita quebrantádoles luego aquel ídolo: dijeron unos fué celo indiscreto, no regulado con la prudencia conveniente, quebrantarle tan presto sin tener dispuestos los animos de aquellos infieles para ello, y que esto fué ocasion de que echasen á los religiosos sin admitir su predicacion. Otros lo atribuyen á permission divina y oculta disposicion, que no alcanzamos, y que no debia de haber llegado el tiempo determinado por la divina Providencia para su conversion, quizá indignos de ella por resistir á la divina misericordia con sus graves pecados, para que ño fuesen entónces alumbrados con la luz evangélica. El padre Fuensalida dice en la relacion que cuando ellos fueran muy ignorantes, entre los apuntamientos que el padre lector Fr. Francisco Gutierrez (cuya erudicion fué tan notoria en estos reinos y se dice adelante) les dió, fué que siguiendo la doctrina de S. Agustin primero quitasen los ídolos de los corazones de aquellos infieles, y despues las figuras de ellos que en los altares adoraban. "Mas ¿quién (prosigue) puede resistir al espíritu del Señor? De S. Teodoro se dice en la leccion que trae el breviario romano, que puso fuego á un templo de ídolos sin prevenir los ánimos de los gentiles que los adoraban, por cuya causa le martirizaron, y celebra su fiesta la santa iglesia á nueve de noviembre. Y Dios mandó á su pueblo que destruyesen todos los ídolos que tenian aquellos idólatras cuya tierra entraban á poseser, y abrasasen con fuego los bosques y montes donde sacrificaban. Y que el padre Orbita quedó, habiendo quebrantado aquel ídolo, con una cara tan alegre que era para alabar á Dios, cuyo espíritu juzga asistia á su siervo &c."

Porque este lugar no lo es de controversia digo brevemente (lo que los doctos tienen leido) que en el concilio milevitano se dice: Que el que irrita á los in-

fieles quebrantádoles los ídolos si por eso quitan la vida no se ha de tener por del número de los mártires porque ni enseña á hacer esto el evangelio, ni lo hicieron los apóstoles predicándole &c. Veo por otra parte que muchos mártires con su oracion redujeron á cenizas innumerables estátuas de ídolos con que se enfurecieron los tiranos gentiles, y con exquisitos tormentos les quitaron las vidas como se lee en sus leyendas. Santa Apolonia ella misma se arrojó al fuego con que la amenazaban, encendió su corazon con mayor llama de amor del Espíritu Santo, como le canta la iglesia nuestra madre. S. Sebastian habiéndole Dioclesiano dejado por muerto y curádole santa Irene, fué á reprenderle severamente, por lo cual le hizo azotar, hasta que dió su espíritu al Señor. Los primeros mártires de nuestra religion, San Verardo y sus compañeros, habiendo ido á Sevilla á predicar á los moros, anunciádoles á Jesucristo redentor nuestro, juntamente decian muchos oprobios contra Mahoma y su inicua ley, con que provocaban aquellos infieles contra sí. Desterráronlos dos veces, la una por peticion del hijo del rey: la otra por temor de la pestilencia que tuvo en la ciudad de Marruecos, teniéndolos presos; pero los santos mártires se volvieron á Marruecos, donde el rey Miramamolin los mandó descabezar, con que consiguieron la gloriosa palma del martirio. No faltará sentir de prudencia humana que dijera parecer estas acciones demasiada porfia, y haber dicho estos santos contra Mahoma oprobios tan en los principios, ántes de tener convertido á alguno, imprudencia y celo no discreto. La iglesia católica las tiene canonizadas por santas y guiadas del Espíritu Divino. Pudo ser que el mismo que obró estas acciones por sus santos, moviese al padre Orbita á quebrantar aquel ídolo llamado Tzimin Chac, aunque llevaban por documento la doctrina de S. Agustin referida. No afirmo esto ni lo con-

trario: lo cierto es que debemos estar á lo que la santa iglesia católica romana en la materia ha declarado y declarare.

CAPITULO QUINCE.

De algunos religiosos siervos de Dios, que yá eran difuntos en estos tiempos.

Yá será razon hacer memoria de algunos religiosos siervos de nuestro Señor, que por estos tiempos felizmente habian consumado el de su vida mortal, y pasado á la eterna. El primero que se me ofrece es el venerable padre Fr. Alonso de Solana. No he hallado de dónde fué natural, ni quién fuéron sus padres. En su mocedad fué escribano seis meses no mas, y decia despues que aunque se ajustó á los aranceles lo mas que pudo, necesitaba de muchos años de penitencia para satisfacer á aquel poco de escribano. Dejó esta ocupacion y fuese á la universidad de Salamanca en España donde estudió cánones, y graduado en aquella facultad trataba de acomodarse. En aquel tiempo llegando la cuaresma oyó predicar al padre Lobo (á quien llamaban el S. Pablo de sus tiempos) el gran peligro que corria la salvacion de los que atentos á las cosas de este siglo, solicitaban menos la salud de sus almas. Habiendo oido á aquel apostólico varon, se recogió á nuestra religion seráfica, que como tan apartada de las solitudes del mundo, le pareció puerto seguro para evadir la tempestad del naufragio. Vino á la santa provincia de Castilla, y pidió el hábito al muy docto y religioso padre Fr. Antonio de Córdoba, tan conocido

por sus escritos, que era provincial de la provincia. Concediósele, y asignóle el convento de S. Juan de los Reyes para que en él le recibiese, como lo hizo. El guardian del convento era un gran siervo de Dios: muchos de sus connovicios salieron extremados en virtud, y algunos de ellos fuéron obispos y prelados generales, previniéndole Dios con tantos ejemplares para que correspondiese á la vocacion con que fué llamado. Conoció ser divina, por la perfeccion á que se conoció aspiraba, y despues de profeso fué á vivir al convento de la Salceda, casa recoleta. Estaba en ella cuando el padre Albalate trajo á esta provincia la primera mision de religiosos de España, que se dijo. Allí persuadió al padre Diego de Landa, que como se ha visto murió obispo de esta provincia, para que viniese á la conversion de los indios de ella, como lo hizo. Solicitaba tambien traer al padre Solana, por la relacion que de su virtud y letras tenia, y excusóse diciendo que no se sentia con el fervor de espíritu que tan árdua empresa requería.

Venido el padre Landa á Yucatan, y viendo cuánto provecho haría en la conversion de estos indios, rogaba á nuestro Señor le inspirase la venida, y siempre que podia se la amonestaba por cartas. Al parecer oyó nuestro Señor estos ruegos, como dirigidos á su santo servicio y al bien de las almas, porque cuando fué el padre Fr. Lorenzo de Bienvenida la segunda vez á España, entre los demas religiosos que en aquella mision trajo, vino el bendito padre Solana. En breve comprendió la lengua de los indios, de tal suerte que despues fué maestro de ella muchos años. Escribió un vocabulario muy copioso, sermonarios y muchos sermones sueltos con tan gran propiedad, como si fuera indio muy versado en la policia de su idioma, muchos apuntes de la sagrada escritura y algunas historias. Averiguó y dejó mucho escrito de las antigüedades de es-